

El enigma de la Torre solemne

José Ignacio Salazar Carlos de Vergara

También Torrekua, en su soledad, tiene su enigma y su futuro.

En una calurosa tarde de domingo del mayo del 68, nos perdimos, desde la parte posterior de la iglesia de la Asunción, que era la calle de Arriba, por entre la encrucijada que forman las pequeñas calles del Medio, de Abajo y de la Iglesia, sitio estratégico para emboscadas en el siglo XV, con motivo de callejear y hacer tiempo antes de llegar al cine On-Bide, para ver la proyección del film de Robert Aldrich: "El vuelo del Fénix"; por cierto, en cuyo NO-DO, atónitos, seguimos las revueltas impensables de aquel París de mayo del 68 que pasó como un caos pasajero, pero que marcó un antes y un después en la liberación y protagonismo de la mujer y de la sociedad civil, en el mundo desarrollado. Sin saberlo, quizá ascendíamos y descendíamos por aquel segundo lienzo de la muralla que bajaba desde Torrekua, la pareja de Morrontxo, hasta la calle de Santa Clara, donde se hallaba su remate en la torre de Zubiaurre, el hoy denominado Palacio de Antía. Siempre me llamó la atención el inexplicable arquitectónicamente balconcillo que sobresale de este Palacio, que no simula sino un ocurrente resto de muralla, aprovechado como apéndice práctico o cual delicado detalle de construcción. Sin prisa, llegábamos al Cine por entre el antiguo tramo oriental de la muralla, en una de cuyas puertas se abría la puerta de Navarra, flanqueada por la mole de Torrekua; baluarte defensivo en las inmediaciones del cine On-Bide, en la parte alta de la ciudad; con probabilidad ensamblado, en la Edad Media, a las murallas de la Villa por un pasillo fortificado. Íbamos al cine por entre, en otrora, calles fortificadas de una Erretería amurallada, vecina de Navarra y de la Gascuña francesa, próxima a la frontera, a orillas de la mar, prolongación del puerto de Oyarzun, hoy apropiado por Pasajes. Villa aventajada comercial.

Y antes de alcanzar el cine, subiendo unos 130 m por entre la mencionada calle de Arriba, llegamos a la torre, en el lado izquierdo de la calle. Fue la primera vez que la contemplé: Torrekua; allí, quieta y cosmopolita, en blanco y negro. Una casa-torre de planta rectangular

y tejado a cuatro aguas; dividida en su interior, enterándome de ello hace pocos meses: que su intra-muro estaba parcelado por un muro en dos partes casi iguales; lo que me hace suponer que la zona norte es una ampliación de la primigenia.

Esta Torre solemne y gótica del siglo XV, me recordaba en su robustez y en su cronología a la de "Arnolfo" que, un mes antes de aquellas fechas, visité en Florencia. Torre del siglo XIII que construyó Arnolfo di Cambio, en tiempos de revueltas políticas internas y de hostilidades entre Florencia y otros gobiernos de la Toscana. Esta Torre de Arnolfo, como Torrekua, se eleva en una corpulencia rectangular que utilizó la mampostería y la piedra sillar para su edificación. Claro que ésta de Torrekua, era más plebeya y menos sofisticada que la florentina; que Joanes de Zulaica era maestro carpintero y que su esposa: Magdalena de Albizu, era una etxeakoandrea macanuda y muy sagaz, los primeros habitantes de Torrekua; que ambos no eran, ni falta que hacía, los habitantes de la Torre de Arnolfo: la Signoria; los Priori o el Gonfaloniere della Giustizia; los miembros del Consiglio Maggiore o Rodrigo Borja: Papa Alejandro VI; que no discurrió por entre sus muros, en Torrekua, el pasear del Gran Duque de la Toscana: Cosmo I de Medici; ni agrandó en volumen por el hacer de Giorgio Vasari, que aumentara las dimensiones del palacio, como también hizo Bernardo Buontalenti, que conservó su aspecto medieval en el XVII. Sin embargo, pero a favor de nuestra Torre, en la Villa de Erretería, no angustiaron sus últimos días, como en las mazmorras de la Torre de Arnolfo, antes de ser colgados y quemados en la Plaza, seres humanos como Girolamo Savonarola, Fra Silvestro y Fra Domenico da Pescia. Y es que este emporio empedrado de Florencia, aunque se las da de visita cultural, tiene la solidez en sus celdas; en el campanario para toque de arrebato ante circunstancias adversas; y por entre salas militares para urdir o repeler complots. Un sitio infectado de felonías; maeses arteros de la traición; jorobados que arrastraban intrigas; deposiciones de poder; era un cadalso funerario construido, entre una bella arquitectura que abarcaba diversos periodos históricos, para gobiernos provisionales.

Aunque reconozco que Arnolfo tiene una entrada ornamentada por un maravilloso frontispicio de mármol, con una réplica del monumento a "David" de Miguel Ángel y el "Ercole e Caco" de Baccio Bandinelli, nosotros tenemos algo más que el pedrusco y las puertas de arcos apuntados, poseemos el misterio de las caras de piedra de Torrekua.

No se asusten, no se trata de auras inexplicables, ni de que hayan sucedido fenómenos polstergeist en la casa Torrekua. Nadie, en un pueblo sabio, ha escuchado, por sus alrededores, gemidos, voces o ha visto moverse muebles, arrastrarse, cuadros que se caían... nadie ha aguantado incómodos fenómenos parasicológicos. Tampoco se trata de caras con rictus triste, como las de Bélmez. Es el rostro esotérico tallado en la piedra de Torrekua.

Sí, es cierto que estremece su fachada sur, con las dos puertas de arcos apuntados, una de ellas está cegada por cierto; un lugar único en el caso de la Villa y donde atemoriza esa extraña huella de la escalera de acceso al piso de arriba, a la segunda planta. Y lo que me sobrecoge aún más, en un ingrediente de absoluto interés en el conjunto empedrado, es ese rostro, inescrutablemente humano, tallado en piedra, que se encontraba ya anteriormente a 1813, cuando sirvió de alojamiento a las tropas del ejército aliado inglés. Forma parte de un arcano enigmático, que mira y juzga desde el muro hacia la calle de Arriba al que hay que añadir ese extraño pergamino inexplicable, un rollo de justicia, incrustado en la fachada que da al occidente, hacia la calle Orereta. Remozada, esta tétrica estampa, sobre ese pilar cilíndrico, en donde se ataba a los condenados para ser castigados y ejecutados, que produce un sentimiento dantesco de inconsistencia, ante una situación póstuma revestida con ese soporte material de tortura. También Torrekua, en su soledad, tiene su enigma.

Aún en cualquier paseo por su contorno, si agudizamos el otro sentido, en su pedrusco lavado por los siglos, hay algo funerario; todo rezuma una supervivencia duradera que nos balbucea astralmente desde el más allá; sepulcro de advenimientos que vagan con conciencia estable y definida.

La casa Torrekua, continuó perteneciendo a la familia de Joanes de Zulaica y de Magdalena de Albizu, directa o indirectamente, hasta que fue hostería militar. Muchos ignoran que, Errentería, en el siglo XIV, fue una adelantada ciudad con barrios, como el de Orereta, pujante marítimamente y núcleo vital de la zona. Ello atraía a los que buscaban, en el pillaje, su modo irregular de subsistencia; y con el fin

de asegurar su defensa, la ciudadanía, pidió al rey la autorización para cercar y murar ese lugar de Orereta. Se trató de un muro de mampostería, con almena de unos dos metros de grosor, con sus torreones dispuestos, que flanqueaba la defensa a los accesos de la Villa. Y uno de esos muros, denominado segundo lienzo de muralla, bajaba desde Torrekua, la pareja de Morrontxo, hasta la calle Santa Clara. Piedras de guerra y de baluartes atrincherados; por cierto, uno de ellos, en las inmediaciones de Torrekua, muy cerca de donde estuvo el On-Bide, probablemente, ensamblado a las murallas de la Villa de Errentería, por un pasillo fortificado.

Toda esta fascinación por meter el bisturí en aquellos remotos tiempos y por hurgar en los pliegues de su arquitectura bélica, atrapa. Vuela la pluma según nos apasiona. Y hay algo muy misterioso que me sucede cuando alcanzo Torrekua. Entre la penumbra de sus calles coincidentes, al ganar su pequeña altura, se levanta una luz que, sin embargo, no acaba de romper ni siquiera levemente, ciertas tinieblas que envuelven la plaza del lugar. Casi froto, sin haberlo vivido, cómo mandaban oficiales a sus soldados; cómo se mutaba el carácter de la tropa; se huele el hedor de



unos bisoños enganchados en la contienda a los que, la melancolía y la abstracción, les encerraba en sí mismos; irritables cuando se les hablaba y reactivos ante la más mínima ofensa. Y me sigue alcanzando la insólita euforia de cuando se les ordenaba entrar en lid, animándoles a realizar gestas y hazañas por las que serían recordados, y escucho los jocosos comentarios, las fuertes y francas risotadas y su estado anímico de éxtasis; todo, no me pregunte él por qué, lo sé sin haber vivido aquella época tensa y desesperados de una agonía, antes de entrar en combate. Por ello, casa Torrea es enigmática. Hasta aquí, es el pasado y su encanto. Fue un 9 de diciembre del año de 2007, cuando el alcalde: Juan Carlos Merino; miembros de la Corporación de Errentería: gobierno y oposición; periodistas y representantes de la empresa constructora: Construcciones Amenabar S.A., nos dirigimos, después de presentado en el salón de Actos del Ayuntamiento el Proyecto de Recuperación de Torrekua, hacia ese lugar sobre la muralla de la Villa, situado en su casco histórico. Un Conjunto Monumental del siglo XVI, sobre el que se levanta el emporio de planta rectangular: Torrekua. Merece capítulo y aparte su lamentable estado hasta ahora; y es que aunque la vida es corta, las horas son

largas. Todo devino en unas ruinas de pedruscos llorosos y vacíos que, a pesar de diversos apuntalamientos, debido al paso del tiempo, a las reyertas y a su incendio, en 1991 que alteró muchísimo la cubierta, concluyó en su clausura por casi derribo. Se trataba, en aquella cálida mañana de diciembre, de presentarnos lo que será el meollo de la llamada "Adecuación Estructural y Constructiva" de este edificio, sito en la calle Orereta nº 7, que no es sino la rehabilitación de los muros originales y la cubierta, reestructurando interiormente el edificio, con incidencia en el entorno urbano. Y si tuviéramos que explicarlo más poéticamente, creo que esta rehabilitación no persigue sino acercar a la Errentería actual, la recuperación del gusto por la aventura, la fascinación por el momento tal cual se vivió primigeniamente y el placer de mostrar en todo su esplendor una fortaleza cargada de peligros, al resarcirla a su estado orgánico primigenio. Me gusta este Proyecto, que paso a diseccionar enseguida, porque no eclipsará el sentido del espacio arqueológico y del tiempo en el que fue concebido; de hecho elimina ventanas y alturas, agregadas posteriormente, para reforzar con más verosimilitud originaria, la estructura. Aunque también debemos precisar que, el Proyecto contempla algunas

innovaciones más que sugerentes: la intercomunicabilidad de las plantas, a través posiblemente del exterior, como explicaba el Concejal Joseba Echarte, para poder holgadamente hacer cumplir las normas de accesibilidad ya que, dentro de la torre, no habría espacio suficiente; siendo preciso añadir otro edificio en su parte posterior trasera, donde se ubicarán ascensores, escaleras y los servicios.

Toda esta rehabilitación ha sido deseada por el Ayuntamiento de Errentería. Era un lugar ideal y desaprovechado; austeramente coherente con la imagen que puede expandir, desde el exterior, un museo que se precie; que muestre todo el engranaje del patrimonio histórico, folclórico y cultural, dentro de unas coordenadas sinérgicas con Centros de Exposición y Casco Antiguo; patrimonio hacendado de la culta Errentería que se proyecte, desde el empeño municipal, de modo itinerante o estático, tanto hacia los propios habitantes como hacia los que llegamos desde otras poblaciones a contemplar el milagro de esta ciudad embutida de una cultura rebotante de esencias urbanas.

Una Orden del 17 de enero de 1964, declaró a Torrekua como Monumento Histórico Provincial. El 7 de mayo de 1996, la Consejería de Educación y Cultura del Gobierno Vasco declaró al casco Antiguo de Errentería como Conjunto Monumental,



y Torrekua pasó a ser Bien Cultural, con nivel de Protección Especial para las fachadas y los elementos que la constituyen. Finalmente, por Orden del 12 de febrero de 1998, se inscribe la Zona Arqueológica del Casco Histórico en el Inventario General del Patrimonio Cultural Vasco, quedando nuestra Torrekua insertada en dicha Zona.

Torrea, es una arqueología desconocida para muchos, pero una emoción monumental para otros muchísimos también. Dado su estado semirruinoso, en el año 2002, en la Alcaldía de Don Miguel Buen Lacambra, persona muy preocupada por la adecuación estructural y rehabilitación del conjunto arquitectónico y urbano, se desescombró y apuntaló como inicio del proyecto que ahora se lleva a término. Después de los trabajos ya iniciados, sin desmerecer de su hálito poético, se conformará una planta baja y tres superiores, con una superficie útil de 86 metros cuadrados en la planta baja y de 98 metros cuadrados en cada una de las superiores; manteniendo obligadamente tres fachadas actuales con todos los elementos característicos y el desmontaje de la fachada este, del siglo XIX, que no es original ni se valora en contextura, respecto al resto

del monumento. Y es por este condicionamiento físico, yuxtapuesto a normativas legales de accesibilidad que condicionan jurídicamente, sobre esta fachada se ubicarán elementos verticales de comunicación: ascensores, escaleras, aseos, almacenes... parte remozada dentro de una estética aséptica y vanguardista, de acabado en zinc y vidrio que dará una soltura cosmopolita al tétrico edificio fantasmagórico. Las tres plantas interiores resultantes serán espacios a llenar con usos expositivos.

Y lo que resulta más de desafío vanguardista y de funcional insolente renovador; es el colofón a una recuperación: una fascinante pasarela peatonal que comunicará las dos calles cinturón de esta remozada casa-torre, articulando una calzada urbana por un paseo a través del casco urbano, para hermanar familiarmente el antiguo Mercado con el espacio de esparcimiento lúdico y verde, de "Libertad y Tolerancia".

El que no ha pernoctado, pero ha vivido la transmutación de Errentería en las últimas décadas, no cesa de sorprenderse por la aclimatación de esta población humilde y culta, con soltura y naturalidad, a una regeneración urbana que ha concluido apurando, anterior-



mente a otras poblaciones más avezadas, un modelo de regeneración sobre los cimientos de una Villa industrial y "galletera" que, muchos aún, recuerdan con muchísima nostalgia. Restaba aún el turismo por conformar atractivamente. Torrekua, lo logrará tras esa extirpación del edificio vecinado al jardín posterior; después de desocupado este jardín así como el edificio y consolidada la rehabilitación de sus muros; cuando se cimente la cubierta y se construyan los forjados; con la ilusión de erigirse otro edificio anexo ínter comunicativo y podamos asistir, en este redivivo nuevo entorno urbano, a la anhelada apertura de la muralla medieval y recorrer el nuevo paseo.

Un gran Proyecto, financiado al 100 por 100 por el Ministerio de Vivienda; con un precio de contrato de 1.814.135,37 y con un plazo de ejecución de 26 meses.

Me voy alejando de la Torre; es tarde ya y tengo que comenzar a escribir para la revista *Oarso* y me voy para mi casa. Parece que fue ayer y han pasado cuarenta años cuando en aquella tarde de mayo del 68, unos amigos nos perdíamos por entre la hoy actual plaza de Jautarkol o en la calle Arriba o por la de Orereta, sudábamos hasta llegar al On-Bide, para disfrutar con "El Vuelo del Fénix". Nunca he olvidado aquella tarde, ni a aquellos amigos, ni a aquella Errenteria, ni he borrado la impresión ciega de contemplar por vez primera delante de mí, con genuino sentido de la maravilla, una solemne fortaleza encastrada en lo alto de un pueblo. Si les he contado mi historia es porque, la anécdota, me aproximó de modo distinto y sugestivo al descubrimiento de un monumento orgullo de Errenteria. El entramado pétreo que conforma una gigantesca estatua de mole herida, que mana la sangre de sus luchas entre el fuego cruzado de sus bombardas y disparos de fusiles y cañonería. Hoy, aquellas coordenadas de espacio y tiempo y aquellas naturalezas, han desaparecido; pero continua, todo este conjunto ciclópeo, universalizando un discurso de alto calado emocional, cuando uno lo bordea y percibe que su enigma es éste y no otro cualquiera. Torrea no tiene fantasma; no establece algún pacto de bruma con espectro: como el del palacio de Linares; como el de la casa de Narros de Zarauz o el de la comillana de La Rabia. Torrea, no tiene apariciones impactantes pero sí expira el magma de una serenidad oscura y nada complaciente y nos avisa que el legado de la vida y los recuerdos... son como su propia presencia fortificada y los otros fantasmas del pasado: imperecederos y en blanco y negro. ■

Fotografías Leire Búrdalo Pérez

